

*El que me ama, cumplirá mi palabra, dice el Señor; y mi Padre lo amará y vendremos a él.*

En el Evangelio de San Juan se nos recuerda del mandamiento que Jesús les dio a sus discípulos: “Ámense los unos a los otros como los amo Yo.” Fue Dios quien primero nos amó a nosotros. Al recordar el amor de Dios en Jesús, también recordemos que nuestra respuesta a ese amor es el amor entre nosotros.

Hoy en día podríamos tener problemas cuando oímos la palabra “amor.”

Pero el problema está en la manera que utilizamos la palabra en sí. El mundo de hoy, no suele utilizarla del mismo sentido que lo hicieron los escritores del Nuevo Testamento. La trivializamos, hablamos de cómo amamos el chocolate, o amamos nuestro equipo de fútbol, nuestro artista favorito o algún programa de televisión. La música popular está saturada de palabras sobre amor, pero generalmente, el significado es sentimental.

Cuando leemos la primera carta de Juan, que Dios es amor; y luego cuando nuestro Evangelio hoy nos está diciendo del amor que el Padre tiene para Jesús, “Como el Padre me ha amado, así los amo yo,” podemos preguntarnos lo que todo esto significa. El amor dentro de las relaciones internas en las profundidades de la Trinidad, está por supuesto, más allá de nuestra comprensión. Pero ciertamente no es un amor insignificante o sentimental. De hecho, es un amor que es profundo y abnegado.

La carta de Juan nos dice que el amor abnegado de Dios se demuestra en las actividades del Hijo: “El amor que Dios nos tiene se ha manifestado en que envió al mundo a su Hijo unigénito, para que vivamos por él.” A menudo le han llamado a Jesús “el hombre para otros,” y Él demostró ese amor abundante para nosotros en la cruz. El aceptar la crucifixión claramente no fue insignificante o



sentimental. Fue un acto de amor duro y cruel entregado de parte de Jesús.

Jesús nos llama a hacer esta clase de amor nuestro. Él dice, “Permanezcan en mi amor”, ese mismo amor que está en el corazón de la Trinidad, ese mismo amor que se demuestra en la vida y la muerte de Jesús. “Ámense los unos a los otros, como los amo Yo.” Jesús nos está llamando a tener ese amor para otros: ese amor que fue

demostrado hace solo unas semanas atrás cuando Él lavó los pies de sus amigos; y luego cuando ofreció su vida por nosotros en la cruz.

Permanecer en el amor de Jesús no es sentarse relajado y gozar pacíficamente y complacerse de un estado sublime de equilibrio que no se disturba por todo lo que pasa alrededor. No es un sentido indulgente surgiendo de la certeza de nuestra propia salvación sin referencia a nadie más. Jesús nos llama a amar como Él. Eso significa un amor que no se concierne con nuestras ambiciones, nuestros deseos, nuestras emociones; significa un amor que se extiende, incluso a ésos que no queremos amar. Esto es, verdaderamente, un amor que es más fuerte que la muerte.

Si podemos aprender a demostrar este amor, entonces nosotros también nos volveremos en gente para otros, así como lo es Jesús. Ahora, vamos a pedir por un deber más profundo en nuestras vidas, a ese verdadero amor cristiano que no solo es un deseo interno, sino que se proyecta exteriormente.

